



 NOTAS

EL XV CONGRESO DE FILOSOFOS JOVENES

JOSE MARIA LASO PRIETO

Oviedo



el 26 al 29 de Marzo de 1978 se ha celebrado en Burgos el XV Congreso de Filósofos Jóvenes para abordar el tema general de *Filosofía y poder*. El Comité organizador estuvo compuesto por los profesores Luis Martín Santos, presidente; Celia Amorós, vicepresidente; y Luis Orozco en funciones de Secretario. Era de esperar una eficiente organización del Congreso ya que, como se recordará, el profesor Martín Santos es ya un veterano en estas lides, pues en su día fue un eficaz organizador de los célebres simposiums, realizados también en Burgos, sobre el pensamiento de Karl R. Popper y Henri Lefebvre.

Para la inauguración del Congreso estaba prevista la utilización del gran marco histórico-artístico constituido por el antiguo Monasterio de San Juan. Sin embargo, la falta de calefacción adecuada obligó a inaugurar el Congreso en la contigua Casa de la Cultura, menos interesante estéticamente pero más confortable.

Sin más ceremonia, durante la mañana del día 26, Eugenio Trías desarrolló su ponencia *Acción y pasión en relación con el poder*. Para Trías, el amor, la muerte y el poder son los tres grandes temas de la filosofía, enigmas ante los cuales fracasa el entendimiento, pues no hay solución racional antes estos misterios. El conocimiento y la verdad existen en función de estos tres grandes temas. Respecto al poder, el profesor Trías se remite al análisis realizado por Hegel de la dialéctica del amo y del esclavo. Y se pregunta ¿Qué es lo que funda el poder para Hegel? ¿Qué es lo que determina el dominio del Señor? Hegel da una respuesta: el Señor es Señor porque ha arriesgado su vida en la batalla, ha vivido el peligro, ha puesto a prueba su vida. Así se funda el dominio del amo sobre el esclavo. La muerte es lo que constituye al

Señor, lo que le hace verdaderamente un amo. Sin embargo, dando un giro de noventa grados a su argumentación, para abandonar definitivamente el tema del poder, el profesor Trías sostiene que... «si haber dado muerte a otros y morir uno mismo es el origen del poder, la muerte es el señor mismo que funda el Señorío y la servidumbre. Ahora bien, se pregunta, ¿cuál es el sentimiento más fuerte?. En un versículo de *El cantar de los cantares* se dice: el amor es más fuerte que la muerte. ¿Quién tiene razón? ¿Hegel o Salomón? ¿Cuál es el verdadero poder?. El profesor Trías deja pendiente la respuesta y se lanza a un amplio estudio del amor que, partiendo del Hegel juvenil y de un estudio exhaustivo de la dialéctica del amor-pasión en Tristán e Isolda, se remite sucesivamente a Sthendal, Ortega y Gasset, Proust, etc. Únicamente le faltó citar a André Maurois para completar el ciclo convencional de los habituales tratadistas del amor. Concluye considerando que el amor-pasión está infravalorado en la literatura filosófica. ¿Qué es la pasión?, se pregunta. ¿Es una negación de la acción, como sostenía Spinoza?. Trías sostuvo que hay que pensar la actividad desde el apasionamiento. La pasión no es sólo padecer, sufrir, sino que el mismo lenguaje revela que tiene un contenido positivo. Así se dice, tengo pasión por la música, el arte, la mujer, etc. Una persona apasionada ostenta un valor positivo por sí misma. La vehemencia no es pura incandescencia, sino sustantividad.

Al finalizar su disertación Trías señaló que tenía conciencia de que no iba a quedar redonda su reflexión. Y efectivamente, así fué. Aunque logró afortunadas metáforas literarias le faltó rigor filosófico sistemático. Después, en el coloquio, tuvieron lugar varias intervenciones para plantearse los problemas de la intersubjetividad pasional y su relación con determinadas categorías estéticas muy habituales en la literatura amorosa. Se le reprocha

no haber tocado sino tangencialmente el tema del poder. Responde que para hacerlo requeriría haber profundizado más en algunos preconceptos, como el de pasión, y que, entre tanto, «en términos de Gustavo Bueno, sólo puede ofrecer su taller de filosofía». El autor de esta reseña expresa su sorpresa por el hecho de que, al analizar con amplitud el fenómeno de la pasión, no haya tratado de la pasión política cuya importancia en la problemática humana no es inferior a la pasión amorosa y tiene mucha más relación con el tema del Congreso. Para ilustrarlo se remite a los análisis de Gramsci sobre la pasión política, como «pasión organizada de modo permanente, como impulso inmediato a la acción que nace en el terreno permanente y orgánico de la vida económica, pero haciendo entrar en juego sentimientos y aspiraciones en cuya atmósfera incandescente el mismo cálculo de la vida humana individual obedece a leyes diferentes de las que rigen el interés individual». Trías admite que la omisión era importante, ya que reconoce la gran relevancia humana de la pasión política, habiéndole por ello resultado muy sugerente la cita de Gramsci.

Para el congresista Palett, la intervención de Trías le ha resultado más sugestiva que coherente. Considera muy sugerente el planteamiento de Laso sobre la pasión política. Cree que en los autores marxistas, con excepción de Gramsci, no se estudia la pasión política y sin embargo en dirigentes como Stalin o Fidel Castro la ambición política constituye auténtica pasión.

A la hora lorquiana de las cinco de la tarde el profesor Castoriadis desarrolló su ponencia *Nuevas ideas acerca del poder*. Resultó una violenta requisitoria contra el marxismo, tanto en el plano de la explicación de los orígenes de la explotación humana como en el de su supuesta inoperancia para dar una adecuada explicación teórica de los procesos de burocratización desarrollados en los Estados socialistas actuales. Castoriadis, apoyándose en las tesis del profesor Marvin Harris acerca del origen de los Estados prístinos, sostuvo que, contrariamente a una conocida tesis marxista, la explotación humana no surge con el desarrollo de la productividad, y la consiguiente posibilidad de apropiarse del plusproducto, sino de la institucionalización del dominio de un grupo sobre otro. Según este griego francófono, «el origen del poder se halla en un proceso de socialización del núcleo psíquico del individuo. Es una violencia ejercida sobre este núcleo, condición de la apertura del individuo al mundo». Afirma también, que la teoría del plusproducto queda refutada por el hecho de que en todo tipo de sociedad humana se ha dado una superabundancia relativa alimenticia que en las sociedades arcaicas permitía vivir trabajando sólo un promedio de tres horas diarias.

En el coloquio se producen varias intervenciones en que se critica a Castoriadis por haber proporcionado una visión dogmática del marxismo, para mejor refutarlo, y por su coincidencia en esta actitud con los «nuevos filósofos». Castoriadis rechaza esa coincidencia ya que, a su juicio, los «nuevos filósofos» no son nuevos ni filósofos. Finalmente interviene Laso haciéndole la crítica por utilizar conceptos o categorías «blandos» que, por su generalización excesiva, no determinan con precisión el campo temático.

Después se desarrolló un Seminario sobre *Espacios de poder* a cargo de Fernando Álvarez Uría, Julia Varela y

García Santesmases. Desde posiciones comunes foucaultianas, aunque con diferencias apreciables de enfoque personal, trataron de algunos de los espacios concretos en que el poder se ejerce: escuela, cárcel, asistencia social, ejército, etc. Según ellos, estamos asistiendo a una especie de psiquiatrización general represiva. Esta psiquiatrización masiva no responde a una enfermedad generalizada sino a una imposición social: el Estado está interesado en que exista una proliferación de poderes que refuercen el carácter coercitivo de la sociedad. Por otra parte, la escuela es un elemento básico para obtener, ya desde la infancia, la futura disciplina de la mano de obra necesaria para el desarrollo del capitalismo. Los orígenes de esta utilización disciplinaria de la escuela se remontan ya al trienio liberal con las experiencias de la Escuela Mútua —inspirada en los precedentes de Francia e Inglaterra— que basándose en monitores lograba resultados disciplinarios que luego resultaron muy útiles en el cuartel y la cárcel.

En el coloquio subsiguiente tiene lugar un animado debate en el que intervienen varios congresistas señalando que los análisis sectoriales del poder, realizados desde una perspectiva foucaultiana, no tienen por qué contraponerse a los de Marx, Gramsci, etc., sino que, en todo caso, los complementan. Sin embargo, el análisis foucaultiano, al efectuar una serie de planteamientos dispersos, implica el riesgo de perder la globalidad de un examen conjunto de la sociedad.

SEGUNDA JORNADA: SAVATER, SADABA, POLLAN Y UGALDE, LEFORT, RUBERT DE VENTOS

El día 27 se abrió la sesión con un Seminario dedicado al tema *Discurso ético y antropológico sobre el poder*, a cargo de Fernando Savater, Javier Sádaba, Tomás Pollán y J.A. Ugalde. Aclararon, de entrada, que no se trataba de un Seminario, en el sentido tradicional, ya que ni habían realizado una investigación en común ni se daba entre ellos homogeneidad ideológica. Simplemente se trataba de un grupo de amigos con algunos puntos de coincidencia. Comenzó la exposición Fernando Savater, realizado un avance de su trabajo *Panfleto contra el todo*, que acaba de obtener el premio MUNDO. Realizó una brillante disertación contra la idea de totalidad. Es decir, contra la coerción del poder. Según él en las sociedades primitivas el *Todo del poder* se identifica con el todo social. Y esa totalidad era legitimada por un pasado mítico. Más tarde, en las sociedades cristalinas modernas, la conciencia individual se integra como parte del Todo. Vemos, por ejemplo, en Rousseau, como el individuo, un todo en sí mismo, pasa a un Todo mayor: la sociedad. La Revolución Francesa, preparada por esta ideología totalitaria, subrayó aún más la totalidad que las monarquías tradicionales. La Historia permite, pues, verificar un avance progresivo de esa imagen del poder. Cada nueva revolución organiza totalidades más totales y absolutas. Las revoluciones consagran, pues, el imperio de la sociedad política sobre la realidad social, descubrimiento que ya nos hizo Marx... Savater establece después una distinción entre poder y dominio. El poder no es malo

en sí por instaurar la autoridad y la jerarquía. El mal procede de que el individuo cede su propio dominio al poder... Es necesaria, pues, una revolución contra el Todo, para potenciar los grupos, las personas y las peculiaridades. Hay que quitarse de la cabeza la idea de las revoluciones sociales, concepción de origen astronómico que ha dado por resultado la realidad agobiante y gregaria de la totalidad... Con distintas variantes —Sádaba apoyándose en la función del lenguaje, Pollán en el origen del Estado en las sociedades prístinas, Ugalde en el papel de mediación de los chamanes y jefes rituales— los demás miembros del Seminario coincidieron con Savater en la distinción entre «dominio» y «poder» y en las soluciones propuestas.

En el coloquio se produce un vivo debate. Un congresista critica el método del Seminario ya que, a su juicio, los ponentes no coincidían en su concepción del poder. Pide también un mayor rigor epistemológico en la utilización de conceptos como el de *clase dominante*. El autor de este trabajo plantea a Savater si, para evitar ser defraudados por revoluciones sociales que no superan el mero giro astronómico de retorno al mismo punto con una posición invertida, puede ofrecer una alternativa estratégica de lucha contra *el Todo* que no sea meramente defensiva. Contesta Savater que siente defraudarle, pero que su estrategia es meramente defensiva.

La ponencia de Claude Lefort, *la filosofía política en Francia*, se mantuvo en la línea más clásica de los actuales politólogos franceses. Se centró en un análisis pormenorizado de las ventajas e insuficiencias de las democracias contemporáneas para llegar, finalmente, a la conclusión de que no existe una alternativa superior de organización política. Por último citó a su amigo Castoriadis, propugnando un tipo de sociedad que sea capaz de replantearse permanentemente el problema de la justicia. En general esta conferencia, pronunciada con el énfasis y la pedantería de que hacen gala algunos autores franceses, decepcionó a los congresistas.

La última ponencia del día 27, fué la del profesor Xavier Rubert de Ventós, titulada *Meditación sobre el poder*. Se extendió particularmente en el estudio de dos tipos psicológicos: el reaccionario y el enamorado como dos seres opuestos al deseante y al revolucionario. Según él, «tanto el reaccionario, que mira al pasado, como el enamorado, que disuelve al mundo, ayudan al desarrollo y a la elaboración de la filosofía crítica». Esta conferencia tuvo ante todo un carácter literario, de evidente calidad, logrando brillantes metáforas artísticas y un refinado tono irónico que agradó mucho a los congresistas, por contraste con la plúmbea y monocorde exposición del francés Lefort.

TERCERA JORNADA: LASO, RUIZ PORTELLA, LABICA, DUQUE, ROMAN REYES.

La sesión del día 28 se inició con la ponencia de José María Laso, titulada *Perspectiva actual de la concepción del poder en el pensamiento de Gramsci*. Comenzó

señalando que, en un Congreso de filosofía, dedicado a la temática del poder, parecía apropiado dar a conocer las concepciones de Gramsci no sólo por tratarse de un gran especialista en el tema, sino también debido a su condición de pensador marxista muy original, nada dogmático y muy actual. La ponencia constaba de tres vertientes, por otra parte bien delimitadas en la trayectoria del filósofo de la praxis: una primera sobre los Consejos de fábrica de Turín, otra centrada en torno a la creación del Partido Comunista de Italia; y una tercera basada en los *Cuadernos de Cárcel*, en la que Gramsci elabora más profundamente los conceptos de «hegemonía» y «bloque histórico». A lo largo de esta trayectoria la concepción gramsciana de la conquista y función del poder no es homogénea, sino que va evolucionando condicionada por la necesidad de afrontar la solución de los problemas que sucesivamente plantea la lucha de clases.

En la primera etapa Gramsci, sin desvalorizar la misión de partidos y sindicatos —que debían desempeñar la función de orientación política y elaboración teórica (partidos) y de educación proletaria (sindicatos)— concedía sin embargo gran atención a los Consejos obreros, ya que consideraba que en ellos se daba el germen de un auténtico poder proletario, de tipo autogestionario, posibilitándose la aparición de una democracia obrera asamblearia donde los trabajadores creasen directamente la estructura del futuro poder que sustituyese al Estado burgués. Así, inspirándose en el análisis concreto de las experiencias de un movimiento surgido a consecuencia de las iniciativas de las masas trabajadoras, Gramsci considera que el Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de la vida social características de la clase obrera explotada. El objetivo de los Consejos sería liquidar toda distinción entre poder político y económico, luchando por la emancipación y autonomía de los trabajadores considerados en su unidad, como *productores*, los cuales serán, simultáneamente, administradores y administrados. Se trataría de creaciones revolucionarias que partiendo del lugar de trabajo, y hundiendo sus raíces en el momento de la producción, constituirían representaciones obreras emanadas directamente de las masas con un mandato imperativo y siempre revocable. Para Gramsci el partido *no es* la clase y, precisamente por ello, la potencialidad de los Consejos deriva de que pueden constituir el órgano unificador de la clase *en el lugar de la producción, superando la escisión productor/ciudadano* sobre la que la burguesía reproduce su dominación.

Tras el fracaso del movimiento consejista —a causa de su aislamiento en la región de Turín y a las vacilaciones del ala derecha del Partido Socialista— Gramsci centraría su atención en la fundación del Partido Comunista. En esta etapa las tesis centrales de Gramsci sobre los Consejos se mantienen, pero enriqueciéndose al integrarse en una síntesis más amplia, en una estrategia política global. Así, gradualmente, Gramsci irá evolucionando desde la concepción de la «vanguardia obrera de los Consejos» a la de «partido de vanguardia». Con este propósito elabora una serie de textos teóricos sobre la función dirigente de dicho partido, al que pasará a denominar *El Príncipe Moderno*, a partir del estudio en la cárcel de la obra de Maquiavelo. En efecto, Gramsci considera que el moderno Príncipe no es ninguna figura individual, sino un ente colectivo que agrupa a los sectores más conscientes de la clase ascendente. Gramsci concibe al

partido de la clase obrera como un «intelectual colectivo», ya que figuras geniales como Marx, Engels o Lenin sólo se dan excepcionalmente, debiendo ser sustituidos, como elaboradores teóricos, por ese «intelectual colectivo» que es el partido.

En su etapa carcelaria Gramsci profundiza en los conceptos de hegemonía y bloque histórico. Para Gramsci la clase dominante no mantiene exclusivamente su dominio por medio de la coerción estatal, sino también mediante la hegemonía ideológica. Es decir, mediante la dirección intelectual y moral alcanzando el consenso de las demás clases. Por otra parte, el concepto de *bloque histórico* es muy operativo. Por tal no entiende Gramsci exclusivamente una alianza de clases, sino también un complejo, determinado por una situación histórica dada, y constituido por la unidad orgánica de la estructura y la superestructura fraguada por la hegemonía de la clase dirigente. Actualmente el nuevo bloque histórico emergente, dirigido por la clase trabajadora, se basa en la función que los intelectuales orgánicos —que se han sumado a la posición de los trabajadores— desempeñan en la creación de la hegemonía política e ideológica de una clase trabajadora mucho más amplia que en el pasado, al comprender nuevas profesiones proletarizadas.

Desde esa perspectiva, Gramsci profundiza más que Lenin en valorar la importancia del consenso de las clases explotadas y, en consecuencia, matiza también más la función social del Estado sin limitarla a la de constituir un mero instrumento represivo y «Consejo de Administración» de la clase dominante. De ahí también que Gramsci comprenda mejor que Lenin —aunque en este se dió una interesante autocrítica por la impronta «excesivamente rusa» de que se había impregnado la Internacional Comunista— la necesidad de una estrategia revolucionaria específica, para las sociedades desarrolladas, que permita romper mejor el amplísimo consenso que en ellas ha obtenido la burguesía. Por lógica inversión, ello implica que, con el nuevo bloque histórico emergente, el proletariado logrará un consenso todavía más amplio en el que la hegemonía de la clase obrera prepare las condiciones precisas para el nacimiento de una *sociedad regulada* en el que desaparezca la función represiva del Estado.

En el coloquio se suscitaron diversas intervenciones acerca del concepto de hegemonía, tendentes a precisar su operatividad en la aplicación a la actual problemática política. También se planteó, por un congresista, si era correcta la aplicación que Roger Garaudy efectuaba del concepto de «nuevo bloque histórico». En su contestación, Laso se remitió a la crítica que Giorgio Napolitano efectuó acerca de la aplicación por Garaudy del concepto, por considerar que incurría en un reduccionismo mecanicista al prescindir de sus elementos superestructurales y limitarlo al componente económico de una alianza de clases.

A continuación estaba programada la ponencia de Ramón García Cotarelo sobre *Disolución del poder como fin de la revolución*. Sin embargo, por causas de fuerza mayor, el profesor García Cotarelo no compareció.

A las 12,30 Ruiz Portella desarrolló su ponencia *Fundación imaginaria del Estado*. Comenzó señalando que su propósito era analizar el poder socialista —expresión



de por sí algo ambigua que conviene concretar— en la doble perspectiva de la teoría revolucionaria marxista de su realización fáctica «tal y como se expresa en los Estados totalitarios comunistas actuales». Sin embargo, en abierto contraste con su supuesto propósito inicial, no desarrolló la perspectiva teórica y se lanzó exclusivamente a un feroz ataque contra los Estados socialistas actuales. Según Ruiz Portella, aunque no es fácil explicar la lógica y la naturaleza de estos Estados totalitarios, se ha afirmado generalmente que el poder comunista es la expresión de los intereses de la casta burocrática y adopta las formas precisas para que ésta imponga su pesada mano sobre la población que sufre su tiranía. Para el ponente, esta concepción tiene mucho de verdad, pero incurre en una reducción excesiva. Lo que diferencia al príncipe totalitario del príncipe déspota no es la utilización del terror y la represión contra sus enemigos, sino el hecho indudable de que el régimen totalitario no puede permitir que nadie permanezca indiferente. En ese sentido efectúa un contraste entre el régimen franquista y los Estados en él denomina «comunistas». Según Ruiz Portella, «resulta beneficiado el régimen franquista», ya que éste no reprimió al sector de la población que permanecía pasivo mientras que en las dictaduras comunistas nadie escapa al terror o a la represión».

Seguidamente, apoyándose en cifras y datos de Solzenitsyn, Ruiz Portella intenta impresionar al auditorio acerca de la magnitud de la represión realizada por el régimen soviético que —según dichos datos— ha ocasionado más de 60 millones de víctimas. No obstante, a partir de 1956, se puede comprobar una cierta liberalización del régimen que, en la práctica, no es más que la sustitución del terror por formas de represión más selectivas. Para Ruiz Portella, en estos regímenes totalitarios la arbitrariedad es un componente importante, pero, en la represión, no se la puede llevar hasta el extremo. Por eso la represión debe ser complementada por el papel integrador de la ideología. Así se produce una interrela-

ción entre ideología mistificadora y represión que proporciona a los regímenes comunistas su singularidad histórica. Lo que se realiza no es la teoría revolucionaria sino su más radical negación. Según Ruiz Portella, lo curioso es que la teoría trata de mantenerse a toda costa y, por ello, ante la imposibilidad de alcanzar los fines propuestos intenta desarrollarlos en el campo de lo imaginario o de lo ilusorio. En este sentido teoría y terror van unidos ya que, para lograr la persistencia de la creencia en la infalibilidad de la teoría, se hace necesario crear constantemente nuevos enemigos que puedan ser sucesivamente destruidos: adversarios de clase, enemigos del pueblo, espías, criminales, saboteadores, cosmopolitas, etc. En definitiva —para Ruiz Portella— la causa de todas estas aberraciones estriba en que el marxismo, en la medida en que pretende realizar el Ser, en la medida en que pretende unir lo sensible con lo suprasensible, lo finito con lo infinito, la immanencia con la trascendencia... en la medida en que pretende el imposible de lograr una sociedad sin clases, de construir una sociedad transparente... lleva indefectiblemente al totalitarismo y al terror. Para llegar a esta conclusión se apoya también en citas de los «nuevos filósofos» franceses y de su amigo Claude Lefort. Finalmente, afirma que no se puede abolir la división social ya que está profundamente enraizada y basada ontológicamente en el propio ser de la sociedad. Ruiz Portella dice haber llegado a estas conclusiones desde la perspectiva de una metafísica trascendente.

La disertación de Ruiz Portella sorprendió, hasta cierto punto, al Congreso ya que se alejó notablemente del carácter de una ponencia filosófica para retrotraernos al período de la «guerra fría». Daba la impresión de que habíamos retrocedido tres décadas para escuchar a uno de los portavoces del denominado *Congreso para la libertad de la Cultura*, cuyas vinculaciones con la C.I.A. fueron más tarde descubiertas para escándalo y estupor de algunos ingenuos demócratas. Ello dió lugar al único momento de fuerte tensión polémica en el Congreso y a que, para dar la debida amplitud al coloquio, una parte del auditorio estuviese dispuesta a sacrificar la comida. Intervino primero Francisco José Martínez para impugnar el que se calificase de «nueva clase social dominante» al grupo dirigente soviético. A su juicio, tal clasificación es inadmisibles en una concepción científica de las clases sociales. Reprocha también a Ruiz Portella por su carencia de rigor y por su desprecio de los hechos históricos concretos. En el plano filosófico estricto, critica también convincentemente su metafísica trascendente. En el mismo sentido intervienen también Josefa Cordero y un joven congresista que defienden con tanto entusiasmo como reiteración las realizaciones soviéticas. Asimismo interviene Palett efectuando algunas distinciones desde una perspectiva libertaria. En su contestación, Ruiz Portella se reafirma en su posición y desafía a los marxistas a que expliquen científicamente la naturaleza del Estado soviético.

Finalmente interviene José María Laso. Comienza por afirmar que el diálogo es casi imposible ya que, tanto por su adscripción de clase como por nuestra distinta «Weltanschauung», nos hallamos no en diferente sistema planetario sino en distinta galaxia. No obstante había que esforzarse por que la necesaria discusión transcurriese en el clima de mutua cortesía propio de un Congreso de filosofía. Y ello no debía constituir obstáculo para efec-

tuar algunas puntualizaciones concretas. Así, por ejemplo, era inadmisibles que el ponente rehusase deliberadamente la concreción histórica y no obstante insistiese con énfasis en el denominado «terror rojo» sin exponer como éste había sido engendrado —durante la guerra civil rusa— por el terror blanco previo. En ese sentido cita a Victor Serge (*El año I de la revolución*) nada sospechoso de simpatía por el actual régimen soviético. Precisamente, en una fase inicial, los revolucionarios adolecieron de ingenuidad poniendo en libertad inmediatamente a los ministros del Gobierno Provisional, y a varios generales zaristas, bajo la palabra de honor de no hacer de nuevo armas contra el poder soviético. Palabra que después violaron para ensañarse seguidamente en la represión contra los «rojos». Desgraciadamente, como había advertido Lenin, hasta ahora no había sido posible efectuar las revoluciones sociales con los procedimientos de un Colegio de señoritas. Por ello, aún siendo partidario de la abolición de la pena de muerte, puede hasta cierto punto comprenderse la represión revolucionaria por razones de «salvación pública» en el sentido jacobino de la expresión. Ello no justifica los excesos de la represión stalinista, aunque esta debe insertarse en su contexto histórico: revolución, guerra civil, intervención de catorce países imperialistas contra la joven república soviética, amenaza y agresión nazi, guerra fría, etc. Laso afirma también que Ruiz Portella es muy dueño de considerar ineluctable la división de la sociedad en clases antagónicas, pero ello no puede conducirnos a los demás a abandonar la aspiración de que la humanidad logre una forma más justa y racional de organización social en la que desaparezca la explotación del hombre por el hombre. Considera también que aún admitiendo que el marxismo no ha desarrollado plenamente una teoría del Estado —a causa de otras prioridades— esta laguna ha comenzado a colmarse. Y precisamente, sobre la naturaleza del Estado soviético desde una perspectiva marxista, existen ya valiosas aportaciones que van desde la concepción de Trostki, sobre el Estado obrero degenerado, a las de Charles Bettelheim, Coletti, Elleinstein, Poulantzas, etc. Por último critica la falta de rigor que supone la utilización de la categoría de «Estado totalitario», muy desacreditada ya en la denominada «ciencia política», y que entraría de lleno en lo que, en la terminología de Gustavo Buno, cabe calificar de concepto «blando» debido a que, por su excesiva generalidad, pretende englobar a los regímenes fascistas y socialistas conjuntamente y no define con precisión el campo temático. Tanto la intervención libertaria de Palett como la marxista de Laso fueron muy aplaudidas y ello constituyó un auténtico test de la polarización política del Congreso hacia ambas corrientes ideológicas. En su contestación, Ruiz Portella reconoce que no cabe un diálogo auténtico ya que las dos posiciones no pueden ser conciliadas. Admite también que la categoría de «Estado totalitario» puede constituir un concepto «blando», pero —con pretensión de hacer un chiste, que no encuentra eco en el auditorio— le parece evidente que «su actuación es más bien dura».

A las cinco de la tarde intervino el profesor Georges Labica, autor del libro *Estatuto marxista de la filosofía* y colaborador habitual de la revista *Dialectiques* con una amplia reseña sobre el tema de *El marxismo y el poder*. Comenzó señalando que en lugar de leer su ponencia en español prefería desarrollarla en francés con la finalidad de tener mayor flexibilidad para abordar temas conexos

como el de la dictadura del proletariado, el eurocomunismo, etc. Advierte que el modelo histórico concreto que Marx utilizó para sus análisis políticos, de la lucha de clases, fué el francés. Considera que actualmente el terreno en el que se desarrolla esa lucha es el de la democracia. En realidad ello tampoco constituye una novedad, ya que en la Grecia clásica se planteaba también el problema de la isonomía: igualdad ante la ley e igualdad real. Entonces se denominaba isónomos a quienes gozaban de derechos iguales. Esta contradicción entre derechos formales y derechos efectivos preocupó a Marx a todo lo largo de su vida y una buena parte de la misma se dedicó a reflexionar sobre la lucha de clases en Francia. Es poco conocido que el primer libro que se propuso Marx escribir fue uno dedicado a la Convención en el contexto de un proyecto más amplio de Historia de la Revolución Francesa. También dedicó gran atención a la Revolución de 1848 «como expresión de la esperanza de fraternidad general en el tiempo de las ilusiones». Estas se frustraron rápidamente debido a que el proyecto de cada clase era contradictorio. Por ello el realismo político de Marx le llevó a tratar no del triunfo inicial de la Revolución, sino de la derrota que en Junio experimentó el proletariado parisien ya que en ésta se manifestó su carácter contradictorio.

Este se manifestaba en el hecho de que la República de 1848 era semejante a una cebolla constituida por numerosas capas que acababan en cogollo constituido por la dictadura bonapartista. En esa cebolla la capa constituida por la República social de los obreros no se adaptaba a la igualdad formal del proyecto republicano-burgués, a pesar de que cuando se produce el fenómeno revolucionario el lenguaje que se emplea es el de la

Revolución anterior: Libertad, Igualdad y Fraternidad. Después aparecía la República democrática pequeño-burguesa —que tenía el poder en la Asamblea Nacional— y de la que derivará posteriormente la República netamente burguesa y parlamentaria. Esta República no era capaz ya de asimilar la defensa del derecho al trabajo y a la insurrección frente a la tiranía.

En este sentido Labriola señalaba, acertadamente, que el *Manifiesto Comunista* constituía la negación de la igualdad, pero sólo de la igualdad jurídica de la Democracia vulgar, pues ya Marx había señalado también que la conquista de la Democracia equivalía a la constitución del proletariado en clase dominante. Desde esta perspectiva la dictadura del proletariado a la que se remitía Gramsci, equiparándola al concepto de hegemonía de la clase obrera, constituye la más alta expresión de la Democracia. En definitiva, el profesor Labriola expone que se proponía resaltar en su ponencia el sentido contradictorio que desde distintas perspectivas de clase adquiere la Democracia. Así, por ejemplo, estadísticas recientes sobre los impuestos en Europa Occidental demuestran que Francia —el país de la supuesta igualdad— merecería el primer puesto en la desigualdad tributaria.

Marx meditó también detenidamente sobre las experiencias de la Comuna de París en un célebre trabajo. Más tarde Lenin, en su obra *El Estado y la Revolución* escrita en vísperas de la Revolución de Octubre, analizaba en profundidad el problema de la hegemonía de la clase obrera. La «Comuna» se presentaba como una república que no sólo se proponía abolir la monarquía sino toda forma de dominación. Por ello acentuaba términos como suprimir, abolir, destruir, etc., para expresar la intención de destruir un tipo determinado de Estado inicialmente y después todo tipo de Estado. Así se planteaba como perspectiva la sustitución del Parlamento por la representación comunal, la autonomía local y el gobierno de las masas por sí mismas. Estas enseñanzas derivadas de la lucha de clases en Francia incrementaron después el acervo común del movimiento obrero. Empero el drama más considerable experimentado por éste es que el poder que se instaura en Rusia en 1917 no correspondía a la teorización realizada por Marx de la lucha de clases en Francia. Se han efectuado muchos análisis acerca de las causas determinantes de estos fenómenos de burocratización. Se hacen siempre referencias a las condiciones desfavorables. Sería, quizás, más interesante comprobar las rectificaciones que hizo Lenin a las tesis de Marx. Lenin no era el cocinero que aplicaba las recetas de Marx para hacer un buen pastel. Las cosas no sucedieron como se hubiese querido: se realizan siempre sobre la base de las condiciones concretas existentes.

Respecto a la dictadura del proletariado la cuestión esencial estriba en comprobar quien la ejerce: la clase obrera o su partido de vanguardia. Lenin consideraba que, en las condiciones del atraso ruso, hasta que la clase obrera adquiriese mayor madurez política, era inevitable una cierta delegación de poderes del proletariado a su partido. En ese sentido podía considerarse la delegación si no positiva si indispensable. En sus últimos meses de vida Lenin estuvo muy preocupado por el peligro de burocratización en el partido y el Estado soviético. Seguía considerando a éste como un Estado obrero pero deformado por un proceso de burocratización. Sin em-



bargo, para Lenin —según el profesor Labica— estos procesos reflejan contradicciones reales de una sociedad en transición y deben ser asumidos por los trabajadores sobre la base de que la clase obrera deba luchar contra los excesos de su propio Estado sin dejar por ello de tenerlo a su servicio. Labica terminó, en una perspectiva más esperanzadora, con una cita de Isaac Deutscher procedente de su «Revolución inacabada» en el sentido de que no se puede absolutizar el concepto de burocracia oponiéndola a la clase obrera. Así puede gobernar el partido o su burocracia, pero, al ser la clase obrera la dominante, esta delegación de *poder*, aunque continúe, es por su naturaleza provisoria. El coloquio dió poco de sí, pues se limitó a algunas precisiones sobre la naturaleza del Estado soviético, sobre la base de algunas citas de Bettelheim y Elleinstein, así como a solicitar su opinión sobre el conflicto chino-soviético.

Simultáneamente con la ponencia de Labica se desarrolló, en una sala contigua, un Seminario dirigido por Félix Duque para desarrollar el tema de *Naturaleza y poder*. El profesor Duque comenzó señalando que iba a exponer tres modelos explicativos de las relaciones entre los conceptos de naturaleza y poder, tal y como se han presentado históricamente, con el fin de proponer tentativamente vías de solución al «impasse», fundamentalmente sociopolítico, en que se encuentra la investigación actual de la filosofía de la naturaleza. Con ese propósito Duque aborda primero el modelo griego: la naturaleza es pensada como un *cosmos*, es decir, como una ordenación del todo de los entes, transparente a la razón (*logos*), razón que, en última instancia, no es sino la naturaleza misma que, en el discurso humano, se desvela (*alêtheia*) y expresa lo que es. Según Duque es fácil constatar como en esta concepción el *poder*, reflejo de la ordenación teleológica de la *physis* permite una estratificación social rígida: esclavos, comerciantes, guerreros y sacerdotes-filósofos. Por el contrario, en el pensamiento moderno, la naturaleza no se configura como un cosmos cerrado teleológicamente, sino como un «mundo»: un conjunto de cosas cuantificables, esto es, uniformadas abstractamente. Naturaleza y hombre se escinden en dos sustancias enfrentadas y la ordenación «mundial» es puesta de antemano, pro-puesta, por las leyes de la razón humana, *extrínseca* al mundo. Por consiguiente, el concepto correlativo de poder, en la edad moderna, no puede ser otro que el de *poder* como *dominio*: dominio que se ejerce, simultáneamente, tanto sobre las cosas (capitalización: pase del valor de uso al valor de cambio) como sobre los hombres, «naturalizados», entendidos como «fuerza de trabajo». Por último, en el modelo actual, el desarrollo de la nueva ciencia, ejemplificado en teorías como la relatividad general y, muy especialmente, la nueva biología, permiten vislumbrar como en nuestro tiempo se está configurando un nuevo concepto de naturaleza: naturaleza como organismo cerrado, autorregulado y en continua transformación... Ahora bien, este cambio de perspectiva va, necesariamente, acompañado por una correlativa transformación del concepto de «poder», hasta ahora entendido como depredación. Aquel «sí no salvo las circunstancias no me salvo yo» de Ortega, se ha convertido en una punzante llamada de atención. Ya no se trata simplemente de cambiar las relaciones de explotación, sino de acabar con ellas, antes de que el navío espacial Tierra (según la afortunada metáfora de K.E. Boulding) agote sus recursos. Es urgente acabar con

la economía abierta (de «cow-boy») de transformación ilimitada de bienes en mercancías, para sustituirla por una economía que limite la producción a aquello *naturalmente* necesario.

Y, después de este amplio periplo filosófico, que en muchos aspectos podría suscribir Zubiri, el profesor Duque se plantea, casi sin transición, el problema de las eventuales alternativas. Así va desechando sucesivamente las que considera no viables para, finalmente, propugnar soluciones ecologistas ya que, citando a Mario Gaviria, sólo hay dos disyuntivas: vivir sucios o morir limpios. Sin embargo, dice, por último, que se ha esforzado en probar «utópicamente» (?) que hay otra solución más razonable: «Pero la consecución de mi propuesta pasa necesariamente por un cambio radical: la destrucción de la idea de poder como dominación, y la consecución de una sociedad no consumista, contraria a la actualmente impuesta... Soy consciente de que tal propuesta es, hoy utópica. Sin embargo, ya he mostrado que tanto los nuevos caminos de la ciencia como los movimientos populares de base apuntan en esa dirección. Todavía querría añadir que esta utopía es, si no racional, al menos razonable. Y me apoyo para ello en la obra del gran arquitecto y diseñador de Berkeley Christopher Alexander que muestra, desde planteamientos de estética y psicología social distintos de, pero convergentes con, los nuestros, la posibilidad de construcción de ciudades descentralizadas, siguiendo el modelo matemático de la teoría de los semirréticulos, y en las que el contacto directo y la participación colectiva en las tareas de gobierno (ayuntamiento abierto), si por una parte apuntan a una sociedad más libre, por otra exigen la aniquilación del esquema actual de la ciudad como «árbol» (un punto del que surgen ramificadamente los demás): claro trasunto de las relaciones de dominio hoy vigentes.

En el coloquio, la congresista Elena Ronzón objeta a Duque la contradicción «formal» existente entre el modelo de naturaleza propugnado «actualmente», como un organismo interrelacionado (que llevaría a entender el poder de otra forma), y el modelo de sociedad propuesto: constituye un esquema de sociedad, en cuanto abstracto que contrapone a lo «histórico», no en su relación dialéctica, «sino lo sistemático como *correlativo* de lo histórico». El profesor Duque no tiene inconveniente en aceptar esa contradicción. Después se pasa a un turno de intervenciones sobre la función, en la sociedad futura, de las asociaciones de vecinos y las demás formas de organización que el ponente defiende. Preguntado acerca de quienes serían los agentes de esa revolución, Duque responde: «No lo tengo claro, pues es un asunto problemático. Quizás las clases encuadradas en los partidos políticos, el asambleísmo de base, las agrupaciones de vecinos, los sindicatos, etc». Otro congresista le objeta que función pueden desempeñar los partidos políticos en una sociedad sin clases y Duque acepta que la objeción era correcta. Por su parte, Gustavo Bueno (junior) se refirió al modelo que el ponente había detallado de sociedad futura (el propuesto por Alexander) y le objetó que en ese modelo seguía habiendo coches (sólo se perfeccionaban los aparcamientos) y una buena parte de los defectos de la sociedad que pretendía cambiar el ponente. Bueno consideró también utópica su postura de prescindir de los partidos políticos como agentes del cambio, pues constituir una asociación de *amas de casa* a nivel mundial

sería crear una organización mayor de la de cualquier partido político. El profesor Duque contestó que no era él un especialista en estas cuestiones lo que originó que otro congresista le recriminase afirmando: «Entonces, qué haces aquí».

Seguidamente, tras una recepción con refrigerio en el antiguo Monasterio de San Juan, Román Reyes desarrolló su ponencia sobre *Pensamiento y poder* (o la negación de la cultura). El profesor Reyes desarrolló una ponencia muy original, plena de subjetivismo y que, con mayores matizaciones, cabría situar en un terreno intermedio entre la poesía y la filosofía. Al parecer, el propio Román Reyes es autor de una obra poética apreciable. También suscitó el interés de los congresistas —y algún jolgorio— una especie de credo o decálogo del ponente en 10 puntos y que ésta se vió obligado a leer por segunda vez a petición del auditorio. Con ello quedó perfectamente precisada su perspectiva estética.

CUARTA JORNADA:
REGUERA, F. J. MARTINEZ y ANA LUCAS,
GABRIEL ALBIAC. SESION DE CLAUSURA

El día 29 se abrió la sesión con la ponencia de Isidoro Reguera titulada *El poder de cualquier lenguaje*. Se trató fundamentalmente, de una valoración del poder del lenguaje realizada desde la perspectiva que proporciona un riguroso análisis del «Tractatus» de Wittgenstein. Fue una ponencia de gran calidad, pero que por su singular especificidad técnica no se prestaba a un amplio coloquio.

Simultáneamente tenía lugar, en una sala adyacente, un Seminario acerca del tema de *Poder y representación (Centro y periferia)* bajo la dirección de Ana Lucas y Francisco José Martínez. Los ponentes comenzaron por señalar que el tema central de la reflexión, hoy, en los últimos setenta, lo constituye la temática del poder. El poder es la categoría que recorre la obra de Foucault, de Deleuze, de Lyotard, etc., el poder y el Estado es la discusión clave de la teoría marxista actualmente. Y, clarificando su posición, advierten que toda la reflexión contemporánea tiene al marxismo como interlocutor: el pensamiento revolucionario sigue a Marx en el método y en la actitud y la contrarrevolución de todo pelaje y procedencia, se limita a anunciar (otra vez) la caducidad de su pensamiento, el incumplimiento de sus previsiones, etc., intentando ocultar que el marxismo es la matriz teórica apoyada en, y derivada de la lucha de las masas por su liberación. Aludimos a Marx para afirmar que reflexiones como la de Foucault o la de Baudrillard, o Deleuze, retoman el gesto marxista, que consiste en retomar la realidad contemporánea para, a través de su estudio científico, disponer de nuevas estrategias que permitan subvertirla; y lo completan abriendo nuevos campos de lucha, que no habían surgido en época de Marx, o que no tenían la importancia actual.

Después de haber precisado su intención de complementar el análisis de Marx con las aportaciones de Foucault, sostienen que —para Foucault— el poder no es un conjunto de aparatos que asegura el dominio sobre los ciudadanos de un Estado dado; tampoco es un méto-

do de dominación basado más en las reglas que en la violencia; por último, tampoco es un sistema general de dominación desarrollado por una clase sobre otra. Lo fundamental del poder no está aquí, en esta consideración de grandes unidades molares y totalizadoras, que en lugar de ser originarias son originadas, son el resultado de maniobras subterráneas, más complejas y menos claras. El poder, más bien, es «la multiplicidad de las relaciones de fuerza que son inmanentes al dominio donde se ejercen y son constitutivas de su organización», el juego que incensantemente transforma estas fuerzas; este juego puede hacer resonar unas estructuras con otras y reforzar su influencia o, por el contrario, anular unas por medio de otras distintas; estas fuerzas se unen en estrategias móviles que son las que al coagularse en instituciones, dan lugar a los focos tradicionales de poder, el Estado, la empresa, la escuela, etc... A continuación, de la lectura de Foucault, los ponentes esbozan su modelo teórico. Parten para ello de la distinción, en las sociedades capitalistas contemporáneas, de un *centro* y una *periferia*. Esta separación no es sólo geográfica sino (y principalmente) *social, política y económica*. El centro estaría constituido por la población urbana, sometida al modo de producción capitalista, normal y normalizada, que acepta las reglas del juego político. La periferia estaría formada por todos los individuos o grupos que no cumplen algunos de los requisitos anteriores: la población sometida algunos de los modos de producción precapitalistas, la población rural, los delincuentes, los locos, los homosexuales, los jóvenes, y las mujeres alejados del mercado del trabajo, algunas capas intelectuales, las minorías étnicas y culturales, los disconformes con los procedimientos políticos tradicionales, defensores de la lucha armada, apolíticos, marginados de todo tipo, etc. Y retomando su título en sentido metafórico, no técnico, no foucaultiano, afirman que el poder, desnudo y violento se ejerce sobre la periferia del sistema y que la representación, es decir, el poder basado en la ideología, la imagen, que presenta la sociedad como un espectáculo, como un espacio donde se desarrolla el consumo, del cual se ha abolido todo conflicto, es la cara que el poder presenta en el centro.

A continuación, después de tratar de falsar su modelo teórico, en los planos económico, político y social, proponen como alternativa, la necesidad de construir un programa concreto que a la vez ordene los recursos, reorganice la economía y reagrupe los grupos sociales que puedan constituir una alianza anticapitalista capaz de tomar el poder en las metrópolis occidentales. Este proyecto implica la necesidad de articular coherentemente la imprescindible lucha política, parlamentaria, con la lucha social, de base, en instituciones de democracia directa repartidas por los focos de actuación social: fábricas, barrios, escuelas. Lucha en el Estado y también fuera del Estado. La alternativa propuesta deberá replantear constantemente el tema de la delegación de poder, disminuyéndola al máximo, con objeto de conseguir que el poder se mantenga en los puntos mismos en que se produce, y al mismo tiempo evitar la reproducción formal de las formas de poder que se combaten. En definitiva, «estrategia unitaria-mediación política-articulación lucha parlamentaria y lucha de base-innovación en la vida cotidiana, conciencia clara de los objetivos. Estos son los criterios que una verdadera alternativa debe reunir», según esta interesante ponencia.



La ponencia de Gabriel Albiac fué la última que se desarrolló en el Congreso. Su título inicial, *Posiciones españolas ante los nuevos filósofos franceses*, adquirió posteriormente el de *¿Nuevos filósofos ó nuevos inquisidores?*. Después de algunas citas literarias: Pascal, Borges, etc. Albiac entró de lleno en el tema, señalando que sólo el estúpido o el ignorante pueden cometer ese acto de ridícula pretensión que es, en filosofía, la voluntad de originalidad, el descubrimiento de «lo nuevo». Y después de criticar la utilización, por los nuevos filósofos, de las técnicas del marketing, en el campo editorial, se pregunta *¿Cómo no sentir vergüenza ante estos «nuevos filósofos», ante esta prole de lamentables epígonos que entonan machaconamente sus injurias, bárbara e indiscriminadamente, contra todos los grandes nombres, viejos y menos viejos, de la historia de la filosofía?*

Marx no será así, sino un viejo y malévolamente pequeño-burgués resentido que, demasiado cobarde para participar en los levantamientos insurreccionales de la segunda mitad del siglo XIX, se habría dedicado a vivir desvergonzadamente a costa de sus amigos y a redactar una obra (*El Capital*, en particular) cuya tesis central —la concepción de la lucha de clases como motor de la historia— no sería más que la materialización sublimada de su rencor de hombre fracasado. Hegel y Fichte no son otra cosa que la expresión del universal odio que anida en sus mentes, nos dirá, sin asomo de sonrojo, André Glucksmann... Y así continúan con Nietzsche, la Ilustración, etc., hasta el punto final de la suprema consecuencia con que Maurice Clavel afirma impávido que Platón es el creador del Gulag...

Ante tan grotescas acusaciones, Albiac señala que, «Como la desvergüenza y la frivolidad hayan podido alcanzar tales cotas no es algo nuevo. O, al menos, no lo es para nosotros que hubimos de sufrir la infancia del colegio religioso y hoja parroquial que el fascismo nos había reservado; para nosotros que supimos de nuestros sórdidos bachilleratos de universo de sotana, merced a los insignes textos de «Edelvives», del «desmesurado orgullo contra Dios» que explicaba el pensamiento de tal o cual autor considerado heterodoxo... En consecuencia,

para Albiac, «porque ha sido mucho y muy doloroso el esfuerzo para salir de los tiempos oscuros, y porque aún no acabamos de salir de ellos, juzgo hoy intolerable guardar silencio ante la burla macabra de la que los *alevines neofascistas* de la Editorial Grasset se creen autorizados a hacernos objeto».

E ironizando se define, «Y como quiera que, a pesar de todos los pesares, sigo considerando, como el viejo esteta, que «lo nuevo apesta», pondré mis cartas pues sobre la mesa, desde el primer momento, para decir, sencillamente, que si hoy hablo aquí contra los nuevos *inquisidores*, lo hago explícitamente desde dos presupuestos: en tanto que filósofo y en tanto que marxista-leninista...» Y, culminando la ironía en sarcasmo, agrega: «Contempláldlo, he aquí la nueva derecha. Han venido a susurrarnos la nueva melodía de la decepción, del desencanto. Viejos héroes cinematográficamente cansados por la larga (!) lucha militante nos dicen haber sido los autores del cataclismo cósmico de Mayo... ¡Hicieron Mayo! ¿Quiénes? ¿Tal vez Bernad-Henri Lévy, que escribe hoy indolentemente su apacible cantinela para ovejas descarriadas, fue el engañado coloso que «hizo» esta tremenda travesura roja?...» Albiac no se deja impresionar por el supuesto pasado protagonismo revolucionario de los nuevos ideólogos de la derecha francesa... «Tal vez porque pensamos entonces algo que, aparentemente, no parece haber pasado por la cabeza de Lévy, Lardreau, Jambet, Clavel, etc: que Mayo de 1968 lo *hicieron* (en el sentido más fuerte que pueda darse a la palabra) las masas populares, y, ante todo, la clase obrera francesa, que, a través de sus propias formas de lucha y organización, supo *hacer* la más grande huelga de *toda* la historia del movimiento obrero».

Después, insistiendo en la falta de rigor y el marcado oportunismo que caracteriza la producción de algunos de los «nuevos filósofos», prosigue Albiac: A lo largo de las inacabables páginas de este bodrio inmenso, recargado de pretenciosidad literaria, que es el libro de Lévy, no hemos podido rastrear más que tres citas textuales de Marx, por lo demás correspondientes a otros tantos escritos de Juventud... Ni una sola referencia a *El Capital*, en todo un texto que tiene como único punto de mira la liquidación teórica de los análisis de *El Capital*. Es, desde luego, éste un modo de proceder suficiente no ya para descalificar intelectualmente una obra, sino pura y simplemente para hacer morir de sonrojo a su autor, si aún le queda capacidad para tal cosa.

Seguidamente, después de una refutación exhaustiva de la acusación que Lévy hace a Marx de *naturalismo evolucionista* finaliza con una mordaz distinción entre amos y servidores: «Mirádoslos envejecer. Ellos que pensaron poder firmar el acta de defunción del socialismo, apenas son ya más que el recuerdo de su oropel teórico. El viento de la Historia barre con nuestros Angeles, como si se tratara de una vulgar bandada de langosta. Es un espectáculo, pero no sufráis: ellos, cierto, no son Aves Fénix, pero si lo son sus amos. Aún no se habrán reducido a polvo y crujir de dientes, cuando ya los *sempiternos*, los Dorian Gray que preservan su juventud a través del escalofriante alejamiento prematuro de sus humildes servidores literarios habrán encontrado la carne de cañón con que cubrir la brecha; y el vacío no durará jamás más allá del destello de una fracción de segundo.

Los intelectuales burgueses podrán ser cretinos, es su derecho. La burguesía no. Por eso no canteremos victoria ante sus tumbas literarias...».

La ponencia de Albiac, tuvo una buena acogida entre los congresistas, tanto por su contenido como por la fina ironía —o el sarcasmo, según los casos— que caracterizó su exposición. No obstante, en el coloquio, interviene Ugalde señalando que Albiac ha elegido el adversario más débil: B.H. Lévy. Le parece que hubiese sido más inteligente centrarse en Glucksmann o en la crítica anarquista del marxismo. Le responde Albiac precisando que Glucksmann requeriría, por su mayor rigor, una crítica especial. Tampoco ha querido amalgamar los «nuevos filósofos» con los anarquistas, pues estos últimos constituyen un movimiento serio que merece todos sus respetos. Por su parte Palett, aún elogiando la calidad de la ponencia, considera inadmisibles que en ella se haga la apología de la dictadura del proletariado, después de las tristes experiencias de los países que la han aplicado. Albiac, en su contestación, advierte que no se puede identificar el concepto de dictadura del proletariado con algunas malogradas experiencias históricas concretas. A su juicio, se trata de un concepto que sólo tiene sentido frente al concepto de dictadura de la burguesía. Finalmente, García Santés mases elogia la ponencia por haber roto con las grandes generalizaciones universales. Sin embargo, si el stalinismo y el evolucionismo economicista han predominado históricamente en el movimiento obrero no basta con su crítica, sino que es preciso plantear estrategias revolucionarias alternativas.

En la sesión clausura tuvo lugar un vivo debate derivado de que un sector de los congresistas, en posiciones organizativas más o menos nihilistas, pretendía que no se eligiese tema ni vicepresidente para el próximo Congreso. En sentido contrario, a esa actitud intervinieron Savater, Sádaba, y el autor de esta reseña. Finalmente fué elegida Sevilla, como sede del próximo Congreso, y el profesor Fernando Quesada vicepresidente. Como temas fueron propuestos: LA DIALECTICA; IMAGEN, SIMBOLO Y REALIDAD; EL PESIMISMO EN FILOSOFIA; VIDA Y FILOSOFIA; MUERTE Y FILOSOFIA; FILOSOFIA COMO PRINCIPIO DE LA PSICOLOGIA; LOS MEDIOS DE COMUNICACION Y SINTEMA. Por último, en la votación, obtuvo una gran mayoría el de IMAGEN, SIMBOLO Y REALIDAD.

Siguiendo la tradición de los Congresos anteriores al final de la sesión de clausura se propusieron las líneas generales de un Comunicado o Declaración del Congreso. Con ese propósito Gustavo Bueno (junior) propuso la inclusión de un punto que apoyase la aplicación del principio de autodeterminación al pueblo saharauí y la lucha liberadora del Frente Polisario. Por su parte Gabriel Albiac propuso la denuncia de las formas de continuidad del poder franquista, las limitaciones a la libertad de expresión, que ha quedado bien evidenciadas en el caso de *Els Joglars*, y la denuncia de la actuación impune de las bandas fascistas. Por último Josefa Cordero propuso que en comunicado se hiciese mención de Alfredo Deaño, se apoyase el esfuerzo del pueblo canario por el logro de su autonomía, y la denuncia del centralismo evidenciado en la política estatal de centrales nucleares. El Comité organizador del Congreso quedó responsabilizado de la redacción del Comunicado y esperamos poder

ofrecerlo íntegro en nuestra próxima reseña que aparecerá en la revista SISTEMA.

Como balance final, consideramos que el Congreso no puede considerarse negativo: asistieron bastantes más congresistas que a los anteriores y, sobre todo, muchos jóvenes. Aunque fallaron figuras del «renombre» de Poulantzas, Foucault, Biagio De Giovanni, etc. —y sus sustitutos: Castoriadis, Lefort, Ruiz Portella, etc. tuvieron menos altura que la prevista— el Congreso reflejó de alguna manera algunas de las corrientes actuales de la filosofía. Además tampoco se trataba de repetir la experiencia de la Mesa Redonda del pasado año, a base de grandes figuras, aunque en algunas reseñas se ha lamentado su ausencia. Creemos también, que, contra lo que algunos pretenden, las discusiones fueron interesantes, ágiles y respetuosas mutuamente dentro de la discrepancia. Esta última no siempre se da en las reuniones filosóficas, como hemos tenido ocasión de comprobar en el ciclo de homenaje a Alfredo Deaño, desarrollado en Madrid, donde han proliferado los elentos irracionales y «pasotas». En todo caso, forzando la crítica estimaríamos que el fallo fundamental del Congreso estribó en la falta de tiempo suficiente para desarrollar con amplitud el coloquio, debido al propósito del presidente —profesor Martín Santos— de que todas las sesiones fuesen plenas para evitar que se solapasen. En ese sentido es muy difícil lograr siempre un equilibrio adecuado entre contrapuestos intereses. Esperamos no obstante que la próxima publicación, por la Editorial Akal, de Madrid, de un volumen en el que se recojerán las actas del Congreso, confirme esta valoración.

Aunque sin estar previsto inicialmente en el programa del Congreso, causó gran impacto en el desarrollo del mismo la presentación de EL BASILISCO. Una gran proporción de congresistas se suscribieron, o compraron ejemplares, y en su gran mayoría, apreciaron positivamente la calidad de la revista.

Finalmente, todos los interesados por la filosofía quedaron convocados al XVI Congreso de Filósofos Jóvenes, a celebrar en Sevilla a partir del Domingo de Resurrección de 1979, bajo la presidencia de la profesora Celia Amorós, con el tema general de IMAGEN, SIMBOLO Y REALIDAD.

CRITICA DE LA CRITICA CRITICA

Este título, irónico y burlesco, utilizado inicialmente por Marx y Engels, para denominar la obra que después se consagró como *La Sagrada Familia*, dirigida contra Bruno Bauer y otros «hegelianos de izquierda» agrupados en torno a la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, puede resultar adecuado, como epígrafe, para englobar una revisión crítica de algunas de las reseñas que sobre el XV Congreso han aparecido en algunas publicaciones periódicas.

Ya el año pasado, en nuestra reseña del XIV Congreso (1) señalábamos que «puede constatarse que los Congresos de Filósofos Jóvenes no han sido muy afortu-

nados en su reflejo informativo. En general, las informaciones y reseñas han sido escasas, fragmentarias y unilaterales. Quizás debido a que sus organizadores, contrariamente a lo que sucede en otros Congresos similares, no se han preocupado seriamente de cultivar sus relaciones con la prensa y publicaciones culturales. Sin hablar de las revistas filosóficas especializadas, que habitualmente desprecian cuanto trascienda de la mera rutina académica». Este año, sin embargo, las informaciones han sido muy numerosas y se han publicado reseñas en tal cantidad que puede considerarse como un reflejo del creciente interés que suscitan los Congresos de Filósofos Jóvenes. Empero no siempre la cantidad se corresponde con la calidad. De ahí que sea preciso efectuar una crítica de las críticas. Tanto más necesaria si se considera la ligereza con la que algunos informadores emiten «juicios» en beneficio de posiciones o intereses que tienen muy poco que ver con la objetividad informativa. En otros casos se incurre también en deformaciones o exageraciones, en uno u otro sentido, con toda buena fe, pero con evidente ausencia de una visión global.

Quizás las reseñas más amplias, clarificadoras y objetivas fueron las publicadas por el enviado especial de EL PAIS, Carlos Gurméndez (2). Únicamente es de lamentar que sólo tratase de las ponencias de Trías, Castoriadis, Savater, Lefort, De Ventós, Labica y Laso. En esta última su versión resulta desequilibrada ya que pone todo el énfasis en el Gramsci «consejista», que sólo ocupaba un tercio de la ponencia, en detrimento de otras vertientes muy interesantes de su pensamiento. Como contraste, en su reseña publicada posteriormente en PUNTO Y COMA (3), Gurméndez, después de calificar de brillante la exposición de Laso, sobre el pensamiento político de Gramsci, le reprocha el haber utilizado el concepto de hegemonía «como una anticipación teórica del eurocomunismo». Y agrega, «Creemos que la hegemonía a que se refiere Gramsci es el resultado de un cambio revolucionario de la sociedad, y no la conquista paulatina, gradual por una serie de reformas, hasta llegar al predominio ideológico de la clase obrera sobre la sociedad burguesa. Gramsci nunca pensó que se podía construir el nuevo Poder obrero desde dentro del Estado burgués». Aunque esta última aseveración sea cierta, es indudable que debe situarse en el contexto del momento en que Gramsci elabora su pensamiento y de su concepción de la distinción entre sociedad política y sociedad civil. En este sentido no es menos cierto que la distinción gramsciana entre hegemonía política y hegemonía ideológica, su especial valoración del consenso que ésta logra en las masas populares, la formulación de la especificidad de la vía al socialismo en Occidente y de la función que en ese aspecto cabe otorgar a la conquista de las instituciones privadas de la sociedad civil, permiten hallar en los textos de Gramsci claros antecedentes teóricos de una estrategia eurocomunista. No obstante, Laso, tanto en la ponencia como en el coloquio, rechazó toda instrumentalización partidista del pensamiento de Gramsci y resaltó debidamente el importante componente leninista que se da en las concepciones de Gramsci, aunque, en una fase posterior, profundizase más que

Lenin en el concepto de hegemonía y subrayase más que éste el nexo entre socialismo y democracia.

Por ello no puede sorprendernos que en las reseñas publicadas en PUEBLO se mantuviese la tesis contraria: así Santos Amestoy sostuvo que... «La heterodoxia de Laso consistió en preferir, ante el actual estado de cosas en las organizaciones en o fuera del poder, el Gramsci de los Consejos. Más interesante hubiera sido oír un relato del retoque táctico del maquillaje gramsciano con el que se fundamentan determinadas posiciones políticas de la actualidad. «A su vez, J.A. Ugalde mantuvo en su reseña, publicada en el mismo diario PUEBLO, que (4) «Laso desarrolló una conferencia centrada en el análisis de la teoría gramsciana de los *Consejos Obreros* como forma inmediata y autónoma del poder de los trabajadores... Para terminar afirmando: «Señaló Laso, en definitiva, la necesidad de reconsiderar las posturas consejistas del primer Gramsci, a la luz de la crítica situación del marxismo que ha accedido al poder». Independientemente de estas discutibles aseveraciones, las reseñas de Santos Amestoy y J.A. Ugalde pueden considerarse muy ponderadas y objetivas. La primera, por su brevedad, más tendente a proporcionar una impresión general. Por su parte, Ugalde trató; con suficiente amplitud, de la mayoría de las ponencias, proporcionando una visión aguda y equilibrada, no exenta —como es natural— de algunas apreciaciones subjetivas. Así por ejemplo, su extremada valoración de las ponencias literario-filosóficas o su polémica afirmación de que los teóricos del materialismo histórico se mostraron a la defensiva.

Por su parte el sociólogo José Vidal Beneyto, en su reseña titulada *Faunos y Apóstoles* publicada en LA CALLE, independientemente de su buena voluntad y honestidad informativa, incurre en una visión del Congreso que ha podido crear el confusiónismo entre quienes no fueron testigos presenciales del desarrollo del mismo. A ello contribuye, además del texto y del título más o menos sensacionalista, epígrafes como «Barbas por doquier» y «Un yo imparable», una foto de una concentración anarquista sin ninguna conexión con el Congreso con un esquemático texto a pié de página en el que con inaudita ligereza, se afirma taxativamente: «El pensamiento libertario dominó en Burgos. Los ponentes marxistas del Congreso no dieron la talla». Luego, en un tono más bien frívolo que comienza con una cita de don Juan Tenorio, prosigue con una caracterización epidérmica del Congreso («abrumadora mayoría de barbas. Ni una sola corbata, ni un sólo catedrático de Universidad. Decididamente la vieja asociación de «Jóvenes Filósofos» está muy joven, y el único peligro que corre es que su capacidad de convocatoria le lleve a concurrir en los próximos comicios políticos»)(5) para finalizar aseverando una supuesta pérdida de vigencia intelectual del pensamiento marxista manifestada —según su versión— en el Congreso por una valoración tan temeraria como simplista que sorprende en un pluma habitualmente bastante ecuánime: «Los marxistas a la defensiva, apostólicos y atormentados, y los antimarxistas, jubilosos, narcisistas y avasalladores, dijeron palabras paralelas sin agarrones sustantivos ni enfrentamientos fecundos. Y esta fue la gran limitación del intento».

(1) José María Laso Prieto, «El XIV Congreso de Filósofos Jóvenes» SISTEMA N.º 20. Septiembre de 1977. Pág. 93 y sig. La parte dedicada a la crítica de las reseñas también se publicó en EL BASILISCO N.º 1. Cf. «Notas inéditas al Congreso de Barcelona».

(2) Cf. EL PAIS de los días 28, 29 y 31 de Marzo de 1978.

(3) Cf. PUNTO Y COMA. Primera quincena de Mayo de 1978. Pág. 12.

(4) «Filosofía en Burgos», de Santos Amestoy y «XV Congreso de Filósofos Jóvenes», de J.A. Ugalde. Suplemento literario de PUEBLO de 5 de Abril de 1978.

(5) «Faunos y Apóstoles» de José Vidal Beneyto. N.º 2 de 4 de Abril de 1978 de LA CALLE.

Es de lamentar que Vidal Beneyto haya incurrido en una posición semejante a la que el pasado año criticábamos en Alfons Quintà. Es decir, en una reducción caricaturesca de los debates del Congreso a una maniquea contienda entre marxistas y libertarios más propia de un «western» que de un Congreso de filosofía. En la realidad de los debates, las posiciones fueron mucho más matizadas y menos homogéneas. Por ello ninguna corriente ideológica pudo monóticamente apuntarse el triunfo, ni nadie se planteó el Congreso como una batalla ideológica deliberada. Tampoco cabe plantearse, con un mínimo de objetividad, una supuesta inferioridad de los representantes marxistas en el Congreso, salvo que se tenga sólo en cuenta el aspecto cuantitativo. Claro que también en ese sentido podría interpretarse la afirmación de Vidal Beneyto de que «los ponentes marxista no dieron el peso». En el plano cualitativo sus ponencias tuvieron una buena acogida, así como sus intervenciones, en los coloquios, que suscitaron, en algunos casos, los aplausos del auditorio. En justicia, lo mismo cabe afirmar de las que, desde distintas perspectivas, podrían ser calificadas de libertarias. Ello no debe constituir obstáculo para reconocer que la representación marxista podría haber sido más amplia, si se hubiesen cumplido las previsiones iniciales. En estas figuraban Nicos Poulantzas, Biagio de Giovanni —del Instituto Gramsci— Ramón García Cotarelo, Jacobo Muñoz, José Jiménez, Thiebaut, etc. que a última hora no comparecieron por diversas razones. Con esto se rompió el equilibrio de tendencias previsto en el programa inicial y a ello contribuyó considerablemente también el bloque monolítico constituido por Castoriadis, Lefort y Ruiz Portella, que se caracterizó por un virulento antimarxismo, sin que ello quepa identificarle con posiciones genuinamente libertarias. Por el contrario, las relaciones entre ponente marxistas y libertarios genuinos no sólo fueron correctas sino incluso amistosas y dialogantes. Varios comentaristas parecen coincidir en considerar que la presencia de ese bloque monolítico aportó muy poco, o resultó negativa, para el desarrollo del Congreso. En consecuencia sería interesante conocer si —como afirma Santos Amestoy— Vidal Beneyto fue responsable de esa presencia: («Pepín Vidal que hacía pasillos, era tenido por el principal gestor de la venida de los franceses»), o por el contrario, como sostiene Vidal, el «mérito» le corresponde a Luis Martín Santos.

Si a la reseña de Vidal Beneyto se le pueden efectuar puntualizaciones críticas sin que por ello se menoscabe un esfuerzo bien logrado de síntesis global del Congreso, no puede decirse lo mismo de la reseña publicada en CAMBIO 16. Se trata de un breve comentario plagado de inexactitudes y que, por su total falta de rigor, parece ser coherente con la superficialidad que caracteriza a esta revista. De ello es también sintomático tanto el título como el subtítulo de la reseña: *El Congreso de la decepción. En Burgos los filósofos españoles pasaron mucho frío*. (6), como el calificar frívolamente a Rubert de Ventós y Trías de «enfants terribles» de la filosofía española contemporánea que —según CAMBIO 16— «con su brillantez literaria hicieron de Hegel una conversación de alcohola que alivió en parte el espíritu decepcionado de los pensadores reunidos». Al parecer, para CAMBIO 16 esa

supuesta decepción se debió a la ausencia de lo que califica de «cabezas pensantes» y concreta: «Ni Javier Muguerza, joven padre de los analíticos, ni Gustavo Bueno, vate de los marxistas, ni Agustín García Calvo, el más brillante de los libertarios ibéricos, asistieron a las últimas sesiones». Esta preocupación por la ausencia de grandes figuras parece constituir la obsesión de algunos comentaristas. En ella incurre también Vidal Beneyto, quien excluye a Muguerza y a García Calvo y manteniendo a Gustavo Bueno, amplía la relación de estrellas de primera magnitud filosófica a Sacristán, Carlos París, Puente Ojea, Jacobo Muñoz, Fernández Buey y Castilla del Pino. Con esto demuestran ambos comentaristas su desconocimiento total de la finalidad de los Congresos de Filósofos Jóvenes. Por consiguiente, no puede sorprender el burdo final de la reseña de CAMBIO 16 en el que, con evidente tergiversación de los hechos se dice: «Los coloquios, calificados por Albiac de «blandos», no llevaron a ninguna parte, pero revelaron un disparpajo nuevo: las interpelaciones a los pensadores venían precedidas del «Oye, tío... Es esa, sin duda, otra manera de pensar. Entre tanto, los filósofos jóvenes españoles parecen lejos de «pesar» tanto como los «nouveaux philosophes» franceses.

Sin la pretensión de seriedad de otras publicaciones, sino en plena concordancia con su tradición humorística, tiene indudable gracia la reseña del Congreso publicada en la CODORNIZ (7). Tanto la ilustración, con un dibujo de Alfredo, como el texto titulado «Kronica de la Kultura», de Anselmo Iglesias, logran un buen reflejo jocoso del Congreso. Por el contrario, en la misma publicación y con el título de «Intelectuales a gogó» aparece un breve comentario al Congreso firmado por Máximo en el que este asegura: «No diré una palabra sobre el particular porque una vez se me ocurrió escribir que había contradicción en los términos de la expresión «filósofos jóvenes» y uno de ellos insultó a mi inteligencia y a la suya replicándome que no había entendido en absoluto lo que yo había querido decir». Así sólo demuestra Máximo que desconoce el origen de la denominación del Congreso y su significación actual.

La crónica de Javier Sádaba, publicada en TRIUNFO con el título de *Los jóvenes, los nuevos y los otros*, constituye un cuadro impresionista bastante logrado del desarrollo del Congreso. Así, por ejemplo, su cáustica crítica a la aportación francesa («Uno tiene la impresión de que les atrae más la sopa castellana que otra cosa») o una cierta crítica genérica al marxismo combinada con una benévola comprensión hacia los «nuevos filósofos» franceses. Más errónea es su alusión a las galaxias («Alguien habló de galaxias. Unos estarían en una y otros en otra. Es ciertamente, una buena defensa situarse en una galaxia inexpugnable. La pena es que es demasiado buena. Sólo le sirve a él, lo cual es decir tanto como que no sabemos para quien sirve»), ya que confunde el sentido de su mención en el coloquio de Ruiz Portella. Las galaxias —por lo menos astronómicamente— nunca son inexpugnables, pues, por sus dimensiones, desbordarían toda posibilidad de defensa eficaz. Simplemente, con la utilización de la metáfora, se quiso concretar gráficamente, la distancia cósmica que a muchos congresistas nos separa del ponente Ruiz Portella. Por el contrario, nos parece

(6) «Filósofos. *El Congreso de la decepción*. En Burgos, los filósofos españoles pasaron mucho frío». Reseña sin firma publicada en CAMBIO 16, N° 332 del 16 de Abril de 1978.

(7) «Kronica de la Kultura» por Anselmo Iglesias. LA CODORNIZ N° 1861 de 2-4-78.

(8) «Los jóvenes, los nuevos y los otros» por Javier Sádaba. TRIUNFO N° 793 de 8-4-78.

muy acertada su crítica a determinadas ausencias («Una de las características externas de este Congreso fueron determinadas ausencias. La falta de numerarios fue bastante considerable. ¿Será acaso incompatible ser numerario y ser filósofo joven?. La compensación vino dada por la asistencia, muy superior a la de otros años, que en general tuvo el Congreso»), y a la falta de objetividad de algunas reseñas («Otra cosa es la objetividad que las crónicas al respecto han reflejado. Recortadas y parciales daban la impresión de que o bien se llevaba el guión ya hecho de antemano, ó bien que había una comprensión muy particularde lo que se decía»). Muy justa también su valoración de la actividad del presidente («El Congreso, por otra parte, ha tenido también una resonancia informativa mayor que la de otros años. Probablemente se debe esto al celo del que en esta ocasión actuó como presidente, L. Martín Santos. Eso se ha traducido, aparte de otros aspectos, en que se ha dado cuenta diariamente de las charlas que tenían lugar») que, muy injustamente, no ha sido debidamente resaltada en otras reseñas. Así el profesor Sádaba, persona inteligente, cordial y amistosa con sus interlocutores de cualquier tendencia, demuestra, una vez más, la madurez de su juicio crítico plenamente en consonancia con su veteranía en estos Congresos.

Fernando J. Soler publica en la revista OPINION (9), una amplia reseña del Congreso. Su caracterización del aspecto externo del mismo es más ecuanime que en otras crónicas... «Eran personajes que se antojaban sedientos de realidad, de una realidad complicada. Allí se reunían todos con sus barbas y sus gafas redondas y pequeñas. En aquel lugar no se trataban ni de «tú», ni de «usted», sino de «compañero» o de «aquel señor que escribe», o por «aquel señor de la corbata», que hasta desentonaba un tanto». También la del clima de diálogo imperante: «El programa de las ponencias era bastante apretado, pero en todo momento existieron intervenciones. En estas intervenciones parecía no existir la hipocresía; se decían de todo, pero, eso sí, con el mayor respeto y educación. Era como vivir en otro planeta. Se hacían multitud de críticas, pero constructivas». Y con ese espíritu ecuanime Fernando J. Soler proporciona una buena síntesis de algunas de las ponencias. Y termina señalando: «Con el XV Congreso de Filósofos Jóvenes, se ha pretendido poner en contacto a los jóvenes con las nuevas corrientes de la filosofía y abrir al español a las mismas.

Esta serie de Congresos, que se vienen celebrando anualmente, han aportado corrientes nuevas a la filosofía, tales como el estructuralismo, la filosofía analítica, el existencialismo, etc. «Así nos lo ha declarado D. Luis Martín Santos, presidente del Congreso. Y prosigue: «La filosofía española tiene una gran dependencia respecto a Europa, pero con estos Congresos el nivel español está subiendo de manera vertiginosa, buena prueba de ello son la gran cantidad de ponentes españoles que provienen de los principales focos de las nuevas corrientes de la filosofía como Madrid y Barcelona».

Con el título de «El comunicado final», y en la sección *El mensaje del naufrago* de la revista POR FAVOR



(10), publica Fernando Savater su acostumbrado comentario anual al Congreso. En esta ocasión mucho más breve, pero no menos mordaz que en las anteriores: Así comienza puntualizando: «Todos los años hay un Congreso de Filósofos Jóvenes: como casi todos los años vamos los mismos, lo de «jóvenes» nos va pareciendo cada vez mas coña y quizás algún día nos animemos a sustituir la palabra por otro calificativo menos transitorio. Hace unos cuantos años se cambió la palabra «Convivencia» por la de «Congreso», que parecía más seria, más adecuada y sobre todo menos sarcástica ante las diversas exhibiciones de ferocidad que solíamos dar los enérgumenos allí congregados. Y sin embargo, convivir, lo que se dice convivir, pues convivíamos y convivimos, mientras que lo de jóvenes ya va siendo perentoriamente falso...». Y seguidamente, con su jocosidad habitual, alude a unas declaraciones del profesor González Alvarez: «Aunque todavía lo sería más si hubiésemos de hacer caso al Sr. González Alvarez, ilustre promontorio teórico de la Universidad Complutense e inigualable *manager* de docenas de catedráticos de instituto, quién, según me cuentan, escribió el otro día en EL ALCAZAR que los filosofitos reunidos en Burgos no eramos representativos. Hombre no, representativos propiamente dicho no somos, porque para representar bien hay que llevar muchos años representando, como algunos goliardos filosóficos de la peor ralea que yo me sé, y nosotros todavía somos *algo* jóvenes, un poquito más que si fuéramos pasantes del teólogo complutense...» Finalmente con su mordacidad característica alude, quizás con una cierta razón —en esta etapa en que ya se han abierto otros cauces de expresión, aunque con limitaciones óbvias—, a la ingenuidad e ineficacia de los Comunicados finales de cada Congreso: «Porque han de saber ustedes que todos los años se da un comunicado final, un ingenuo papelillo en el que con mucha seriedad se protesta airadamente contra los más diversos males del mundo: la detención de los *Joglars* y la represión en Camboya, el problema polisario y la *situación colonial* de las Canarias, los miles de parados y los residuos del Movimiento, la falta de unidad de la iz-

(9) «Los nuevos filósofos españoles», de Fernando J. Soler. Revista OPINION N° 79 (7-4-1978).

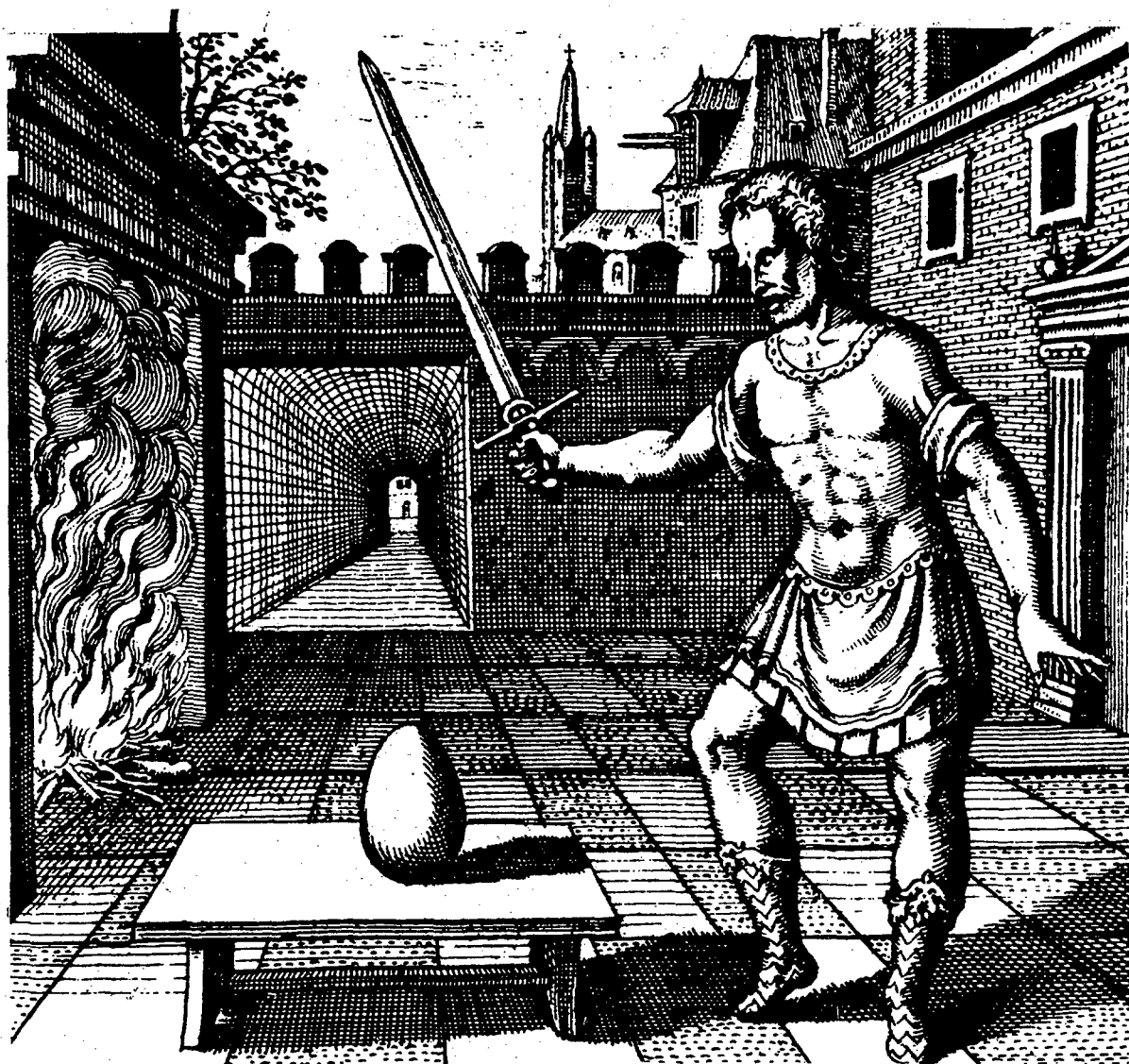
(10) «El Comunicado final», de Fernando Savater. Revista POR FAVOR, N° 198 de 17 Abril 1978.

quiera y el exceso de unidad de la derecha... etc. Por último, se plantea con sarcasmo: «¿Y a quién enviar el dichoso comunicado? ¿La prensa? ¿El Congreso? ¿La propia Corona? A todos, lo mejor es enviarlo a todos... ¿Es ésto lo que el poeta llamó divino tesoro, o hay calificativos más duros y exactos?».

Por su parte, el diario COMBATE, órgano de L.C.R., publica una reseña del Congreso firmada por A. Ferrán bajo el título de «Del stalinismo al antimarxismo» (11). Su autor pretende, de entrada, puntualizar: «No voy a realizar una crónica exhaustiva de las diversas ponencias, cosa que otros compañeros ya han realizado. Quisiera, por el contrario, detenerme para reflexionar brevemente sobre la situación actual de la filosofía en España». Sin embargo, en la práctica, no realiza tan interesante reflexión, sino una disertación sobre las distintas variantes del marxismo. Comienza con una acertada caracterización de los Congresos de F.J. «como recintos de un filosofar contrario al oficial, que encontraba en estos certámenes ciertos balones de oxígeno con los que respirar frente a la retórica oficialista», para pasar después a

la caricatura fácil: «Recordando aquella época (Santiago, Oviedo, Madrid) pienso que el dogmatismo esclerótico de un cierto marxismo inquisitorial, más propio de catecúmenos que de filósofos, dominaba en muchos de los participantes... marxistas y positivistas lógicos iban de la mano, relegando al terreno de lo secundario, de lo irrelevante, de lo «literario» cualquier afirmación de ruptura dionisiaca con lo existente. Cualquier transgresión de la lógica dominante era vista como algo propio de empedernidos pequeño-burgueses. Al discurso de la sinrazón se le pretendía curar con las matemáticas y a los heterodoxos con la teología política stalinista-lukacsiana». Sin embargo, ahora, A. Ferrán tiene una preocupación opuesta: «Pues bien, mucho me temo que podemos pasar del anatema cerril del stalinismo en filosofía, al stalinismo a la inversa. Si antes los críticos, los disidentes, los heterodoxos —fuera cual fuera su crítica— eran agentes de la reacción... ahora se tacha al propio marxismo de ser él mismo el causante de la contrarrevolución. Ahora se confunde al propio marxismo con el Gulag. Se pretende, pues, hacer un continuo histórico entre Marx y la inquisición burocrática de los países del Este, acallando, castrando, cualquier voz marxista, no stalinista o socialdemócrata».

(11) «XV Congreso de Filósofos Jóvenes. ¿Del stalinismo al antimarxismo?». Por A. Ferrán. COMBATE Nº 106 de 20 de Abril de 1978.



Seguidamente A. Ferrán, después de elogiar la ponencia de Albiac (con cierta inconsecuencia, ya que, según su perspectiva trostkista, Albiac podía ser uno de los presuntos inquisidores de un marxismo esclerotizado en Congresos anteriores), según él se había caracterizado por el hecho de que «Frente a un marxismo de conceptos sumarios y estereotipados al que estamos acostumbrados, Albiac pretendió iluminar los matices, las líneas de demarcación de los múltiples discursos que con el nombre de marxistas han funcionado en la historia del movimiento obrero»; pasa a valorar positivamente las interpretaciones foucaultianas de los dos seminarios reseñados y menos congruentemente, desde una perspectiva marxista —aún con elementos trostkistas— a elogiar con énfasis a Trías y De Ventós: «Quisiera resaltar positivamente las ponencias de E. Trías y X.R. De Ventós. La ruptura que se está produciendo en el filosofar académico-abstracto-formalista, desde la reivindicación del espacio de lo literario, me parece absolutamente oportuna y portadora de futuros índices significativos que rompan abiertamente con el aburrido y monocorde discurso de los viejos ancestros». Resulta muy significativa, de una actitud antisistemática en el campo filosófico, la coincidencia de varios cronistas en enaltecer la desviación de la filosofía hacia el espacio literario.

Por su parte Ignacio Aranaz, publica en el diario vasco EGIN (12), sendas entrevistas con Rubert De Ventós, Javier Sádaba, Fernando Savater y Eugenio Trías sobre los temas: el problema del poder, la situación de la Universidad, problemas que plantea la enseñanza de la filosofía y su opinión sobre los «nuevos filósofos» franceses. A su vez, la revista PUNTO Y COMA, publica, en el número anteriormente citado, con el título de *El síntoma de una renovación* y la firma A.M. AC., una entrevista a Eugenio Trías en la que éste esboza su punto de vista sobre el Congreso de Burgos y el estado del pensamiento filosófico español. Lamentamos —por limitaciones de espacio— no poder comentarlas.

Finalmente, el diario EGIN (13), publica también una entrevista realizada por Ignacio Aranaz al profesor Martín Santos. En ella el Presidente del XV Congreso caracteriza correctamente el ambiente en que se ha desarrollado éste: «Creo que estos Congresos tienen el valor de mostrar lo que debe ser la filosofía. Si algo hay antiacadémico es justamente la filosofía (14). En los Congresos hay un aire abierto, una posibilidad de improvisar, de analizar y una sana falta de respeto a las gentes. Curiosamente, a medida que hay más libertad, hay más respeto, porque yo recuerdo los últimos Congresos en que la gente estaba mucho más agresiva que hoy. La prueba es que se han mantenido horas y horas de discusión entre cuatrocientas personas sin que haya habido ningún alboroto». También responde, adecuadamente, al problema suscitado por el adjetivo *jóven* del Congreso, que tantas confusiones origina a algunos comentaristas. A la pregunta, ¿lo de filósofo joven es una redundancia? responde: «Efectivamente. Pero el nombre no tiene de-

masiada importancia. Hace 16 años a alguien se le ocurrió que había que hacer otra filosofía que no fuera la académica y pensó en un nombre que no asustara y que engendrara un cierto sentimiento paternalista. Ahora no tendría sentido cambiarlo; no apunta a la juventud de nadie sino a un Congreso que mantiene una cierta trayectoria en la filosofía española». Menos correcta es su respuesta a la pregunta ¿Qué peculiaridades ha tenido este año el Congreso?: «Si pienso en los dos anteriores, veo que eran mucho más marxista que hoy. El marxismo daba un grupo mayoritario y mejor preparado. El año pasado se notaron ya otras corrientes. Hoy el marxismo ya no es el marco del Congreso, hay una sociología no marxista, hay continuas referencias a Foucault, el Congreso va hacia cauces no marxistas». Curiosa respuesta, ya que, como miembro del Comité organizador, el profesor Martín Santos es el principal responsable de que este año hayan predominado esas corrientes. En este sentido, nuestra participación ininterrumpida en seis Congresos consecutivos —tres más que la de Martín Santos— nos lleva a la convicción de que éstos no reflejan con exactitud las corrientes reales existentes en el campo filosófico. Más bien cabe afirmar que el predominio de una corriente, en determinado Congreso, es producto de una rara combinación de azar y planificación. El azar interviene según las ofertas de ponencias y seminarios, que más o menos fortuitamente se reciben, y en las posibles incomparencias —debidas a múltiples causas— que hacen variar sensiblemente lo programado inicialmente. La planificación depende de una actitud selectiva y deliberada que eventualmente pueda adoptar el Comité organizador o en la presión que, en la fase preparatoria, pueda ejercer coordinadamente un grupo de congresistas habituales. Sin embargo, generalmente, la posición que caracteriza a los organizadores es pluralista y tendente a que todas las tendencias filosóficas actuales estén equilibradamente representadas en el Congreso.



(12) «Encuesta a cuatro jóvenes filósofos» por Ignacio Aranaz. Diario EGIN del 5, 6, 7 y 8 de Abril de 1978.

(13) «El Congreso va hacia cauces no marxistas». Entrevista a Martín Santos. EGIN del 1-4-78

(14) Mas riguroso hubiese sido decir que la filosofía académica y la filosofía mundana son los dos componentes de la filosofía considerada en general.

P.S.: Con posterioridad a la entrega a la imprenta de este trabajo ha llegado a nuestro poder la reseña de Carlos Thiebaut titulada «El Congreso de Burgos. Tomos y a-tonía de la joven filosofía española» (Diario *Informaciones* de 20 de Abril de 1978, pág. 3 de su sección INFORMACIONES de las ARTES y las LETRAS). Se trata de una excelente crónica que logra una muy equilibrada reflexión sobre distintas facetas del Congreso. En este sentido nos parece muy acertada su reflexión final: «Existe un riesgo de que determinadas ausencias se hagan permanentes. ¿Dónde están los catedráticos y agregados de Instituto que en otros tiempos poblaban y animaban los Congresos? ¿Dónde esos otros grupos de trabajo que, en distintas corrientes, trabajan en nuestro país? ¿Dónde aquellos otros profesores de Universidad que solían asistir asidua y activamente? El público del Congreso de Burgos, y creemos que ello es muy positivo, era mayoritariamente estudiantil. Se abre así una participación —en realidad joven— a una palestra que es de desear debe hacer buena su tradición de debate y actualidad. Porque eso que llamábamos descenso de la militancia de la filosofía española tiene su lado positivo y prospectivo. Los Congresos tendrán nuevas perspectivas en la medida en que se constituyan en un lugar donde gentes y corrientes participen y hablen de filosofía. Ello exige que su organización sea, más que un rosario apretado de ponencias —con el peligro de auroras que hay detrás— un conjunto de seminarios y plataformas de debate, pues no se discute más y mejor por estar todos juntos en una sala».



En la misma página aparece una noticia de EL BASILISCO. Después de recordar que la cultura no se produce sólo en Madrid y Barcelona, caracteriza a nuestra revista como... «una importante aportación frente al tradicional vacío de publicaciones científicas en nuestro país. EL BASILISCO surge como plataforma de expresión del equipo de jóvenes filósofos que, aglutinado en torno a la fuerte personalidad de Gustavo Bueno, viene trabajando ya desde hace años en Oviedo. Pero pretende ser, también, una posibilidad abierta al servicio de las posiciones críticas de la filosofía española, y no un órgano exclusivo de dicho equipo»... Y termina: «Ojalá la advocación bajo la que nace —el basilisco era el emblema de la antigua Dialéctica— haga de la revista un nuevo impulso para el debate filosófico en nuestro país».

Asimismo Gabriel Albiac publica en el núm. 10 de EL CARABO (Junio 1978) una interesante meditación «En torno al Congreso de filósofos jóvenes». No pretende ser una reseña ni una crónica de sus sesiones. Simplemente una reflexión en torno al pasado Congreso y a un cierto ambiente «filosófico» fácilmente detectable en algunas de las Universidades del país. Sin compartir totalmente el extremado pesimismo que caracteriza su trabajo —pero si su lúcido esfuerzo de reflexión autocrítica— consideramos que constituye un acertado toque de alerta que debemos compartir. Por ello reproducimos algunos de sus pasajes más relevantes. Comienza con una cita de un fragmento del poema *El año 1905* de Boris Pasternak: «Miran como las águilas con los mayores...» para seguidamente precisar: «En este país cansado y taciturno ya nada es lo que era, ya nada será lo que fué. Tampoco los *Congresos de Filósofos Jóvenes*: esa entrañable plataforma unitaria que, a lo largo de la última década de la dictadura viniera a convertirse en un punto de periódico encuentro de los filósofos antifranquistas en todo su variopinto abigarramiento...

...La edad, en este caso (y ello pese a la denominación-tapadera de Congresos de Filósofos «Jóvenes»), era lo de menos; todo lector atento de Wilde (y tengo la fundada sospecha de que todos nosotros lo hemos sido) sabe perfectamente que para conservar perpetuamente la eterna juventud no se precisa más arte que la de repetir incansablemente las mismas tonterías. Por eso no creo que nadie entre nosotros concediera valor alguno al dichoso calificativo de «jóvenes». Todos estábamos allí, una vez al año, por algo muy distinto a la edad —y todos lo sabíamos perfectamente—. Lo sabía Javier, este Javier Muguerza a quien todos hemos querido tanto, y que, con la amable distancia de su ironía terrible, tantas veces evitó que la sangre llegara al río, entre los que no poseemos ni su flemma ni su profundo sentido de la vergüenza ajena; lo sabía Gustavo Bueno, basilisco-bulldozer, capaz de arrostrar tan lindamente al pobre incauto que se metiera por delante de su máquina categorial. También otros lo sabían: Alfredo Deaño, por ejemplo, con quien no podremos volver a polemizar ya nunca más. Todos sabíamos que lo de «jóvenes», además de cursi, era un calificativo disparatado, en una disciplina que si a algo no puede aspirar es a la pretensión de novedad. Y me temo que, ante todo, lo sabía (o, al menos, lo sospechaba) aquél personaje gris, moderadamente sórdido, sentado siempre en un ángulo de la primera fila; aquellos inefables «delegados gubernativos» (léase «sociales») que tanto contribuyeron a aguzar el ingenio y el gusto por la elipsis de toda una generación de profesionales de la filosofía, y a quienes tanto hemos de agradecer aquella presencia suya que actuaba indefectiblemente de catalizador que, más allá de todo desacuerdo profundo, reconducía las cosas hacia el cauce de una unidad

inevitable frente al horror común: aquél horror siempre presente, de la dictadura que flotaba insoslayable en cada intervención, en el trasfondo de cada polémica. Cenáculos de filósofos antifascistas, en plena dictadura, la trayectoria de los Congresos de filósofos jóvenes es inseparable de la del propio movimiento estudiantil bajo el franquismo...»

Pasa a continuación a caracterizar la transición de las «Convivencias» a los «Congresos» y prosigue: «La diáspora ha quedado abierta. Los que nos empeñamos —al precio costoso de comenzar a caer en el ridículo— en mantener en pie la voluntad testaruda del recuerdo, creo que hemos recibido un buen cubo de agua fría en plena cara, en Burgos. Era justo y saludable. Si esperábamos hallar los viejos rostros amigos y cómplices, los viejos compañeros de disputa iracunda y vino amable, hemos de confesar que nuestra ingenuidad un tanto estúpida había de ser muy merecidamente premiada con el correspondiente bofetón de la realidad, poco amiga, como lo es, de tal tipo de autotatisfacciones onanistas.

Y quede claro que no pretendo sugerir con ello que no haya habido cosas interesantes —y mucho— en el Congreso de Burgos. Pienso, muy en particular, en el espléndido *Elogio del enamorado y el reaccionario* de Xavier Rubert de Ventós, modelo, rayando en lo perfecto, de una brillantez expositiva verdaderamente deslumbrante; o en la hermosa (aunque desmedida) intervención de Eugenio Trias. Creo que, aunque sólo fuera por el inmenso placer que la escucha de ambas ponencias —muy en particular la primera— me proporcionaron, ha valido la pena soportar el espectáculo, con frecuencia bochornoso, de unos coloquios en los que la ignorancia y la mediocridad solían ir parejos sólo con la osadía de sus agentes. ¡Cuánto lamentamos más de uno, en medio de aquél maremagnum deprimente de coloquiantes indocumentados, la ausencia de bulldozer-Bueno». Y finaliza con una propuesta —a la que nos sumamos calurosamente— y que a su vez concluye con un nuevo fragmento del citado poema de Pasternak: «Pero, en fin, así están las cosas. Las funciones han cambiado. No diré yo siquiera que haya que comenzar a plantearse la necesidad de abandonar el barco a su desguace. El barco ha sido ya, de hecho, abandonado. Y ya se sabe lo que sucede con los barcos abandonados: que, a veces, les da por poblarse de fantasmas. El problema es ahora otro: el de saber si, en un momento en el que las alternativas son aún inexistentes, no habrá sido un error considerable haber cedido los *Congresos* a la crítica polvorienta de los roedores, con tanta precipitación.

No sé si, en medio del clima asfixiante de derrota y decepción que el ocaso del franquismo nos deja como herencia, lograrán los esfuerzos de los compañeros sevillanos relanzar el año próximo este algo que tanto se va asemejando a un cadáver querido. En todo caso, en medio de la crisis profunda que nos sacude, tal vez vaya siendo hora de que los filósofos marxistas españoles comencemos a tratar de plantear, desde el principio, cuales son nuestros proyectos, nuestros medios, las formas actuales de nuestra lucha, en fin, por ese «basilisco cuya mirada nos ha iluminado al mismo tiempo que nos helaba».